

**A PROPÓSITO DE “DON QUIJOTE EN MANHATTAN”,
DE GERARDO PIÑA-ROSALES.
RICARDO MORANT MARCO¹ CONVERSA CON SU AUTOR**

Ricardo Morant Marco. ¿Podrías compartir con nosotros algunos datos de tu biografía?

Gerardo Piña-Rosales. Nací en el pueblo gaditano de La Línea de la Concepción allá por el año de 1948. A principios de los cincuenta, mi familia se trasladó a Málaga, y en 1956 a Tánger, la mítica ciudad del Estrecho, donde transcurrieron mi adolescencia y primera juventud. En 1973 conocí en la Universidad de Granada a Laurie, mi mujer, y, sin pensarlo dos veces, emigré a Nueva York, donde he vivido desde entonces. Me doctoré en el *Graduate Center* de CUNY con una tesis sobre la narrativa española del exilio. Acabo de jubilarme, tras treintitantos años de enseñanza universitaria en CUNY. Me dedico a los trabajos de la Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE), a mi propia obra literaria y a la fotografía. Vivimos en *Valley Cottage*, en el Condado de Rockland, en el Valle del Hudson.

RMM. ¿Cuál fue tu intención al escribir “Don Quijote en Manhattan”?

GPR. Escribí este cuento hace unos años a raíz de una invitación de don Eulalio Ferrer a participar en uno de los congresos

¹ ANLE y Universitat de València. Es catedrático de Lingüística General e imparte clases en la enseñanza superior desde hace 30 años. Su campo de investigación principal es el de las relaciones entre la lengua y la cultura. En los últimos años también ha investigado sobre antroponimia, sobre la manipulación lingüística y, junto con Arantxa Martín López, ha desarrollado trabajos sobre los mensajes transmitidos por las etiquetas y leyendas impresas en las bolsas comerciales, las camisetas, los pavimentos y los balcones.

cervantinos que se celebraban anualmente en Guanajuato. Recuerdo que en el programa del congreso figuraban estudiosos como Francisco Rico, Juan Bautista Avallé-Arce, Stanislav Zimic y otros ilustres cervantistas. Entonces, y viéndome en el brete de compartir cartel junto a esos pesos pesados del cervantismo, opté por escribir un cuento que se inspirara en la obra cumbre de Cervantes. Y así, salió la cosa. Desde que comencé a escribirlo hasta que cinco días después lo di por terminado, procuré, ante todo, no traicionar el espíritu altruista y soñador de don Quijote.

Por último, y tal vez lo más importante: quise divertirme y divertir. Creo que lo logré, pues por lo menos los jóvenes guanajuatenses que abarrotaban el Teatro Juárez se desternillaban de risa. Hasta querían sacarme a hombros por la puerta grande, como un torero. (De haber presenciado la escena, mi amigo Gonzalo Santonja hubiera aplaudido a rabiar). Tuve el honor de ser invitado en varias ocasiones –junto a Odón Betanzos y Nicolás Toscano– a esos coloquios cervantinos. Don Eulalio Ferrer, que me estimaba mucho, solía decirme, “Gerardo, no sé cómo te las arreglas, pero siempre acabas alborotando el gallinero”. Tal vez lo decía porque en otra ocasión había dado yo, nada menos que en la Iglesia de San Felipe Neri, una conferencia sobre el *Don Quixote* de la escritora neoyorkina Kathy Acker, alias *Black Tarantula*, novela digna del Divino Marqués, con una “quijote” femenina, de las de rompe y rasga, multiorgásmica y bisexual.

RMM. ¿Aparecen elementos autobiográficos en el relato? ¿En caso afirmativo, puedes mencionar alguno?

GPR. Sin duda. En “Don Quijote en Manhattan” –como en mis otras novelas y cuentos– hay mucho de mí: el juego con el nombre del protagonista, la realidad neoyorkina y la omnipresencia de la variopinta comunidad hispana serían sólo algunos de esos elementos autobiográficos.

RMM. ¿Qué tipo de espanglish habla Sancho?

GPR. Sabemos –gracias a los espléndidos estudios de lingüistas como Domnita Dumitrescu, Ángel López García-Molins y Silvia Betti, entre otros– que el espanglish (término que aparece por primera vez en la 23ª edición del Diccionario) es un fenómeno lingüístico de gran complejidad. El habla de Sancho está salpicada de calcos del inglés, de saltos de códigos, pero por lo demás este bodeguero puertorriqueño habla un español popular, caribeño, sabrosísimo. (A quienes me acusan de haber echado pestes del espanglish, les reco-

mendaría que leyera esta historia mía, para que viesen cuán errados están).

Pero hay otros registros lingüísticos, como el elocuente y un tanto bombástico discurso de don Quijote, o el del joven argentino en la aventura del Central Park. Cada personaje habla según su idiosincrasia étnica y social.

RMM. ¿Qué dirías del siguiente comentario realizado por Sancho sobre el *espanglish*? —“Yo siempre he creído —arguyó Sancho— que a eso se le llamaba casco, aunque como a veces se me escapa el *spanGLISH*, ya no sé muy bien».

GPR. Se trata de un motorista que en un paso de cebra embiste con su Harley Davidson a don Quijote y Sancho, quedando aquel más descalabrado que estos. Tras el accidente, don Quijote se pone el casco del motero y se monta en la endiablada máquina, dispuesto a proseguir sus aventuras. Para don Quijote, el casco no puede ser sino el yelmo de Mambrino; pero para Sancho, que goza de buen juicio, aquel artefacto no es ni yelmo ni morrión ni celada, sino simplemente un casco de motociclista.

RMM. A la hora de otorgar nombres a los personajes ¿por qué bautizas a la “jeba” de Sancho como Balbina y al amigo como Rendón? ¿Estos dos nombres quieren aportar algún tipo de información al lector?

GPR. Son simplemente veladas alusiones a un par de amigos míos, uno puertorriqueño y la otra dominicana. Alusiones a amigos —y enemigos— también las hay en la obra cervantina.

RMM. ¿Qué destacarías del personaje de Sancho?

GPR. Sancho encarna la bondad, la agudeza, el sentido común de un hombre de pueblo, de pocas letras pero con mucho cacumen y experiencia en las entrañas del monstruo.

RMM. ¿Has trabajado el relato en clase con tus alumnos? En caso afirmativo, ¿cómo lo has hecho?

GPR. Lo he leído en algunas de mis clases y lo hemos comentado. Desde luego, lo pasamos la mar de bien.

RMM. ¿Algún comentario sobre el relato que creas importante conocer a la hora de comentarlo?

GPR. Con que lo lean, piensen un poquillo y se diviertan, me doy por satisfecho.